



DIÓCESIS
DE LUGO

Programación Pastoral
2023-2024

La fe es práctica



Líneas de acción

Curso 2023-24

La fe es práctica

1. Compartir la fe en la práctica

Este nuevo curso es, una vez más, un tiempo lleno de promesas de vida, en el cual experimentar el encuentro con Dios y con los hermanos, la entrega y el agradecimiento, el trabajo cotidiano y los muchos dones, grandes y pequeños, que embellecen y alientan nuestro caminar en parroquias y comunidades.

Compartir como Iglesia la grandeza de nuestro cotidiano vivir es, sin duda, la tarea pastoral primera, la más fundamental, vinculada a nuestra persona y nuestra vocación, a la plenitud de sentido de nuestra responsabilidad, al don impagable de nuestra compañía y de nuestra misión en el mundo.

Pues la fe tiene para nosotros el rostro de personas queridas, cercanísimas, que nos la han transmitido; de nuestras parroquias y de nuestra tierra, de sus fiestas y tradiciones, de su forma más propia de vida en las casas y en los pueblos.

Siempre es una felicidad volver la mirada a estas presencias buenas, que son nuestras raíces y nuestro hogar más personal. Y será siempre nuestra alegría mayor ver realizarse en ellas la obra del Señor Jesús, el fruto de la fe en Él, el crecer paulatino de la semilla del reino de Dios que Él ha sembrado y cuida en nuestros corazones. A ninguna otra cosa queremos que sirva toda nuestra labor pastoral; no tenemos otra prioridad.

Guardemos un año más en el corazón que el orgullo verdadero es tener al Señor como amigo, promesa de bien para los que más amamos, sostén y guía de nuestras vidas, consuelo en las dificultades, misericordia en los dolores, esperanza cierta que ni la muerte podrá desmentir.

Nuestra dicha estriba en ser amados por Él, del todo gratuita y a la vez radicalmente, y en ver florecer este Amor en los rostros de nuestros seres queridos, como perenne inicio de un mundo que se renueva. Caminamos juntos, sin desesperar nunca por la mentira o el dolor, ciertos de un destino bueno, de la morada que el Señor nos prepara, en cielos y tierra nuevos en que habita la justicia.

Y esta tradición buena, llena de vida, sigue siendo la de nuestras parroquias, la de nuestra Iglesia diocesana, habitada también hoy por rostros que nos hablan de humanidad sencilla y verdadera, de fe en Dios y de caridad. En esta nuestra casa, todos importamos, de cualquier edad o condición, la palabra o el gesto de cada uno.

Esta es la forma en la que nuestra fe existe realmente; es siempre práctica, nunca es pura teoría. Lo que fuese sólo fruto de nuestras mentes o de nuestras fuerzas no sería mayor que nosotros, nunca sería consuelo suficiente, no podríamos llamarle nunca «Dios». En cambio, nuestra fe nos asegura que podemos encontrar al Señor, que se hizo hombre y habita entre nosotros, de forma real, aunque sea bajo signos sacramentales, a medida humana. Por eso la fe es siempre una práctica, significa relaciones e implica actos, no se explica ni se queda recluida en la propia subjetividad. De hecho no somos cristianos por una idea (cf. Benedicto XVI, *Deus caritas est* 1), sino por el bautismo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, según mandato del Señor; y celebrado en una parroquia, ante la presencia concreta y visible de una Iglesia conocida, sacramento del encuentro con Cristo. Esta referencia viva, y la propia libertad, son imprescindibles para la fe.

A este compartir práctico y real nos llama, en particular, todo el «proceso sinodal», en el que hemos participado diocesaneamente y que celebrará este curso una primera Asamblea en Roma, como etapa inicial, destinada a culminar en una segunda Asamblea en otoño de 2024. Más allá de las deliberaciones que puedan tener

lugar o de las reflexiones que se susciten en estos momentos, es una invitación insistente a poner en el centro nuestra vida como cristianos, a compartir conscientemente nuestro testimonio personal y a escuchar el del hermano, a reconocer que caminamos juntos como discípulos del Señor, alentados por la gracia de Dios.

2. El don de un nuevo «Año santo mariano»

2.1. Rezar

También este curso una iniciativa particular de la Santa Sede caracterizará de nuevo nuestra vida pastoral como Iglesia en Lugo. Pues hemos recibido, de modo en buena medida inesperado, la concesión de un «Año santo mariano» para nuestro santuario de la Santísima Virgen de O Corpiño.

Es un don profundamente gratuito, en el que, a través de circunstancias concretas, no podemos dejar de ver una indicación de la Providencia divina por medio de la Santísima Virgen María, vinculada a una de las formas tradicionales de su presencia y de su veneración en nuestra Diócesis.

Esta gracia especial me parece indicar dos cosas: La presencia cercana del Señor y de su Madre, que acompaña como una luz nuestro caminar cotidiano, que lo llena de sentido, de valor y de esperanza. Y la invitación, por consiguiente, a ir a su encuentro de corazón, a rezar, con una intención precisa, especificada en el decreto de concesión de la indulgencia: por la fidelidad de los cristianos a nuestra fe, por las vocaciones sacerdotales y a la vida consagrada, por el bien de las familias.

Una «línea de acción» pastoral en la que insistir de modo peculiar este año será, pues, la de ir al encuentro de la Santísima Virgen y de su Hijo, nuestro Señor, y, por tanto, la de rezar.

Recordemos a todos, y a nosotros mismos, el bien inmenso del rezar, que saca nuestras vidas de la soledad y de la falta de sentido, de la insignificancia última que el mundo no puede superar a

pesar de todas sus pretensiones de autosuficiencia; pues, ¿de qué le vale al hombre ganar el mundo entero, si se pierde a sí mismo, su alma y su vida? (cf. Lc 9, 25).

Al rezar ganamos alma, vida, el propio ser, que en presencia de Dios alcanza certeza, sentido, esperanza segura; que encuentra misericordia y consuelo, y una fuente inagotable de amor en Él. Y así ganamos también el mundo, la realidad como amable, como lugar de la vida en el que es posible el bien y la verdad, seguir cada uno su vocación y cumplir su misión.

Afirmemos la presencia de Dios con nosotros, del Hijo hecho hombre, que se nos entrega con su Cuerpo y Sangre, en su Palabra y en sus sacramentos, que nos da su Espíritu y nos une en la gran familia de su Pueblo, de su Iglesia. El Señor no nos ha dicho «buscadme en el vacío» (cf. Is 45, 19), sino que ha venido a nuestro encuentro. Todas nuestras parroquias, toda nuestra Iglesia es signo e instrumento de esta buena nueva. Por ello, sin duda, vivir nuestra fe significa en primer lugar reconocer aquí y ahora el modo en que el Señor nos ofrece su comunión y, por tanto, responderle cada uno, con la propia palabra y el propio corazón, rezar personalmente, como forma primera del participar en la vida de la Iglesia.

Aunque parezca elemental, es una propuesta pastoral decisiva, la expresión primera de la relación viva con Dios, reconocido en la fe. De alguna manera, esta concesión papal nos invita a reconocer lo determinante de este gesto personal y primero del creyente. Quizá la urgencia de nuestro tiempo sea precisamente esta práctica primera de la fe, la más sencilla y la más propia de todos: rezar.

No podemos transmitir la fe sin hacer presente y facilitar la experiencia de la oración. Para ello son imprescindibles las familias, llamadas por el Señor a enseñar a sus hijos a rezar, cumpliendo así una misión decisiva para su educación y su futuro. Y es necesaria la parroquia, en la que se eduque a la oración en la catequesis y en otros momentos adecuados, en la que se hace posible y se propone participar en la oración comunitaria, en la celebración de la Eucaristía y de los sacramentos, a fin de crecer en la verdadera relación con Dios, tal como Él nos la ha enseñado.

El testimonio mutuo, el ejemplo de cada uno y el de todos, es igualmente un modo principal de ser introducidos realmente a conversar con Dios, a la oración cristiana.

Demos, pues, prioridad pastoral este curso, con los gestos y las iniciativas oportunas, a la necesidad de enseñar a rezar, de introducir y cuidar la práctica de la oración, de rezar juntos, los unos por los otros, y por las necesidades del mundo.

2.2. Visitar a la Virgen en O Corpiño

Acojamos también de manera diocesana este «Año santo», este don de la indulgencia que se nos ofrece en O Corpiño. Vayamos con nuestra gente, con nuestras comunidades, a este encuentro concreto con la Virgen María en su santuario. Será una afirmación de su presencia en nuestro pueblo, que se expresa este curso de esta manera concreta; pero que queremos afirmar siempre, en la devoción de nuestras parroquias, en asociaciones y cofradías, rezando cada día, muchas veces con el rosario.

Y pidamos explícitamente, tanto en aquel santuario como en nuestros templos parroquiales, por aquello que el Santo Padre nos ha encargado: por nuestra fidelidad a la fe, por las vocaciones sacerdotales y consagradas, por nuestras familias. De alguna manera, el Señor nos está así proponiendo que le pidamos este año en especial por aquello que es el tejido más verdadero, el más próximo y valioso, de nuestra vida de cada día, como personas, familias y parroquias. Así pediremos también, de hecho, por el testimonio de la Iglesia, porque el Señor, con su gracia, renueve y haga fecunda su presencia en el mundo.

En este contexto, procuraremos hacer también algún gesto diocesano. En particular, propondremos hacer una peregrinación de todo nuestro presbiterio, para pedir los sacerdotes, juntos, perdón y reconciliación, fidelidad a la propia misión, abundancia de vocaciones; y, también especialmente, para pedir por las personas que tenemos encomendadas, por el bien de todas las familias.

Pero las posibilidades de acción en este sentido son muchas, y todos podemos sentirnos invitados a aprovecharlas a lo largo del curso.

3. Realizaciones prácticas de la fe

La presencia del Señor con nosotros, la realidad de la comunión con Dios y con los hermanos, pide ser vivida de modo concreto en las formas en que Cristo la ha hecho posible. Por eso procuramos vivir con cuidado y respeto, con seriedad personal, los gestos principales de nuestro ser Iglesia. Entre ellos, como indica toda la tradición de nuestra Iglesia desde el inicio y nosotros procuramos no olvidar, ocupa un lugar primero la práctica dominical, en la que se expresa nuestro ser comunidad cristiana nacida de la Resurrección, que celebra cada domingo su pertenencia al Señor Jesús, la memoria de su Amor vencedor, que da aliento a nuestra esperanza en la vida y en la muerte.

Muchas veces hemos insistido en la urgencia de hacer posible a todos los fieles cada domingo esta vivencia del ser juntos Iglesia, así como la plena participación en las dimensiones fundamentales de la vida eclesial: la liturgia, la transmisión y educación de la fe, la vida en la comunión y la caridad. Este es siempre un criterio pastoral fundamental y prioritario. De hecho, este año, por ejemplo, dedicaremos buena parte de nuestra «formación permanente» a la reflexión sobre la celebración del bautismo en las nuevas circunstancias que viven los fieles y las parroquias, ante los nuevos desafíos que plantea nuestra sociedad.

Pero ahora hemos querido subrayar especialmente la dimensión primera y fundamental, la más personal, transversal a todas las actividades y celebraciones: la urgencia de la propia palabra, la propia oración. Y, con ello, al mismo tiempo, hemos insistido en formas de realización práctica de nuestra fe: acoger un gesto ministerial del Papa para con nosotros, dar forma unidos a momentos de oración y agradecimiento a la Virgen María, reconocida como Madre nuestra, tener la humildad de pedir el perdón y los bienes que necesitamos para nuestro caminar.

En este mismo horizonte, como expresión práctica de nuestra fe, se sitúan otras iniciativas propias de este curso, que indican también líneas de acción para nuestras comunidades cristianas.

3.1. Educación

La Iglesia en España, por decisión de la CEE, a iniciativa de su «Comisión de educación y cultura», celebrará este curso un congreso «La Iglesia en la educación: presencia y compromiso». Se trata de un proceso participativo al que están invitadas todas las Diócesis, coordinadas cada una por su correspondiente Delegación.

El Congreso nace de la conciencia de la importancia de la educación para la fe y la vida de niños y jóvenes, para su futuro, el de las familias y la sociedad. Quiere poner de manifiesto el inmenso trabajo educativo que están realizando ya las más diversas iniciativas e instituciones eclesiales. Y busca contribuir a que se exprese más y mejor, para nosotros mismos y para toda la sociedad, la riqueza de experiencia, la propuesta educativa cristiana, imprescindible para los propios hijos, pero también una riqueza indudable y muy grande para todo el sistema educativo de una sociedad libre y plural. Será la ocasión para encontrarse también los participantes, compartir buenas prácticas y perspectivas, preocupaciones y problemas; para ayudarse a afrontar desafíos y a cumplir la propia misión.

Esta labor educativa es imprescindible para el mismo ser de la Iglesia; pues la fe verdadera conforma la vida, no subsiste si no es capaz de educar. Por eso, conviene que aprovechemos esta ocasión, la posibilidad que se nos ofrece de afrontar desde nuestra Diócesis esta dimensión de la vida pastoral, con mayor conciencia, con las riquezas del compartir recursos y del gozar de la ayuda mutua.

La participación será posible durante el próximo mes de octubre, en una serie importante de encuentros «on line» que están ya programados y anunciados públicamente. Nuestra Delegación tiene también la información y puede recordar estas fechas y estas posibilidades a todos. Es importante para colegios, pero también para los que son profesores en cualquier centro de enseñanza, para profesores de religión, para la educación no formal y en tiempo de ocio, para la formación profesional, para la educación especial; e igualmente para parroquias y familias, cuya relación con la escuela y la educación es absolutamente decisiva, y que es

necesario reavivar y promover, así como también coordinar con el conjunto de nuestra labor catequética.

La segunda fecha significativa del Congreso será la del día 24 de febrero de 2024, en que tendrá lugar el encuentro público en Madrid, al que podrán participar también algunos representantes diocesanos.

En todo caso, es una invitación clara a valorar nuestra presencia actual y nuestro compromiso, no sólo en iniciativas e instituciones educativas, sino en el proceso educativo que inevitablemente tiene lugar en nuestras familias y parroquias. Se trata de una prioridad importante, decisiva en la transmisión de la fe, por supuesto también en nuestra Diócesis.

En este sentido, la celebración y la participación en el Congreso se sitúa en continuidad con el camino recorrido hasta ahora en nuestros Colegios diocesanos, con la opción pastoral de crecer en conciencia y en capacidad de afrontar el desafío educativo, y puede indicarnos también la conveniencia de algunos nuevos pasos en esta tarea.

3.2. Prevención y actuación ante abusos a menores

Otra forma de realización práctica de nuestra vida como Iglesia nos viene indicada también como fruto de todo el trabajo hecho en las Diócesis y la Conferencia episcopal para prevenir los casos de abusos a menores y responder adecuadamente cuando se da una denuncia.

Todas las Diócesis, y también la nuestra, aprovecharemos este año tanto la «Instrucción» publicada por la CEE al respecto, como el «Protocolo marco de prevención y actuación» preparado por el «Servicio de protección de menores» de la CEE.

Esto tendrá una primera dimensión de conocimiento de los documentos y de formación, para asumir sus indicaciones en la vida cotidiana.

Para ello utilizaremos también momentos propios de la «formación permanente»; pero hará falta igualmente que el cono-

cimiento y la formación lleguen a las zonas pastorales y a las parroquias, es decir, a los diferentes colaboradores parroquiales o miembros de nuestras instituciones eclesiales que tengan relación con menores, por ejemplo colegios.

Con los materiales se nos ofrecen ya también algunos formularios, que habrá que utilizar, en vistas a asegurar que tomamos todas las medidas a nuestro alcance para evitar entre nosotros el mal de este abuso a menores.

Podemos tomar esta tarea, imprescindible sin duda, como parte de nuestra participación personal en la vida de la Iglesia, como expresión de la práctica de nuestra fe, en relación a la urgencia de evitar el mal y de proteger a los más frágiles y pequeños. Daremos así también testimonio ante la sociedad, que en la actualidad se encuentra confrontada a este respecto con un inmenso desafío.

3.3. Centro socio-caritativo

La dimensión caritativa es parte sustancial de nuestra vida cristiana y eclesial, fruto indispensable de toda fe verdadera; y, por tanto, siempre también prioridad de la labor pastoral.

De ello nos habla también la premura con la que la Virgen María acude a visitar a su prima Santa Isabel, que llevaba en su seno a Juan Bautista, en el día de cuyo nacimiento celebramos precisamente la gran fiesta de la Virgen de O Corpiño. En este año mariano resuena especialmente su Magnificat, pronunciado entonces: «Proclama mi alma la grandeza del Señor ... Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos» (Lc 1, 46.5 2-53).

También en este curso, Dios mediante, tendremos ocasión de inaugurar los espacios habilitados en el «Pazo de Velarde» en Lugo y destinados a acoger actividades socio-caritativas diocesanas. Con ello queremos hacer también un gesto de previsión y premura, que nos facilite ir al encuentro del necesitado.

Allí se han renovado las instalaciones del «Comedor San Froilán», se ha preparado la «Casa de la misericordia» como proyecto de

apoyo a los presos a los que se concede el tercer grado, se situará la sede de «Caritas diocesana», y dispondrán de algún espacio también otras asociaciones y movimientos.

La mejora de las instalaciones era necesaria y, seguramente, sigue siéndolo en algunas zonas pastorales y parroquias. Es una tarea de la que debemos ser conscientes, para avanzar poco a poco. La labor caritativa ha de ser hecha con la inteligencia y la organización posibles, y respondiendo además a las exigencias y controles legales, cada vez mayores, por parte de las múltiples instancias de la administración del Estado.

Aunque sea fatigoso, conviene valorar este trabajo y su necesaria organización, al servicio de un ejercicio verdadero de la caridad, el más cercano posible a las parroquias y a las personas.

Al mismo tiempo, es una invitación a reavivar nuestra conciencia de que somos Iglesia siempre en medio y en relación con la sociedad, la cual percibe nuestra presencia con particular sensibilidad en la acción socio-caritativa, en las iniciativas gratuitas que saben ver y atender a las necesidades del pobre, y así es invitada a tomar en consideración el principio radical del amor al prójimo y la fe que lo sostiene.

Esta presencia social de la Iglesia es un hecho que no podemos obviar. Su alma verdadera es la caridad y este debe ser también su rostro; aunque tenga que tomar forma con un esfuerzo de inteligencia y de organización. Al final, sin embargo, la novedad verdadera, el principio de una vida personal diversa, la razón de la esperanza para los más necesitados –en cuerpo y alma– es la caridad, hecha presente por personas concretas, por fieles cristianos, por las comunidades más cercanas, por las parroquias.

4. Confiados en el Señor

Valoremos nuestro vivir y caminar juntos, nuestro ser y pertenecer a la Iglesia. Y demos gracias por esta invitación constante a la práctica de nuestro ser cristiano en la realidad de nuestras parroquias y comunidades.

Porque en nuestra Iglesia concreta, en sus formas propias y más constitutivas, nos viene al encuentro Aquel que es más grande que nosotros, el Amor al que podemos confiarnos, cansados o incluso derrotados por el camino, el Señor que permanece realmente presente, que no nos deja, nos invita a la paz y a la comunión con Él.

Esta victoria sobre el pecado, la soledad, la insignificancia o la relativización de la vida y de las personas, es nuestra afirmación primera, buena para nuestro corazón y decisiva de la acción pastoral. Esto queremos anunciar, transmitir y vivir.

Lo expresaremos este año en nuestras celebraciones dominicales, en nuestras fiestas, en nuestro acompañamiento sacramental en los momentos decisivos de la vida, en nuestro caminar juntos, compartiendo fe, esperanza y caridad.

Lo expresaremos en particular con la participación en el «Año mariano» de O Corpiño, con la riqueza de sus indulgencias, con la gracia de volver la mirada a la presencia de la Virgen María, signo de esperanza para todos, Madre en cuyo amparo e intercesión confiamos, que nos hace recordar y comprender siempre de nuevo nuestro ser «familia» del Señor.

Encomendémosle a Ella este curso pastoral, nuestra misión y tarea, pidiéndole su cuidado para nosotros y para todos los nuestros, para nuestras parroquias y nuestra Diócesis; y que nos consiga la gracia de seguir su ejemplo, de modo que sepamos creer en su Hijo y hacer lo que Él nos pide, cuidar de corazón los unos de los otros y acudir con prontitud a las necesidades del prójimo.

¡Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra, que nos visitas y confortas en nuestro caminar, ruega por nosotros!

+ Alfonso Obispo de Lugo